

www.lavozdeg Galicia.es

La Voz de Galicia
FUNDADO EN 1882 POR JUAN FERNÁNDEZ LATORRE

PRESIDENTE
Santiago Rey Fernández-Latorre

DIRECTOR GENERAL
Lois Blanco Penas

SECRETARIO GENERAL
Manuel Areán Lalín

DIRECTOR
Xosé Luís Vilela Conde

DIRECTOR DE ESTRATEGIA DIGITAL
Tomás García Morán

SUBDIRECTORES
César Casal González (Información)
María del Carmen González Castro (Web)
Fernando Hidalgo Urizar (Edición)

JEFES DE ÁREA
Mesa Central
Antón Fernández Pernas
Laureano López Fernández
Cierre Jesús Flores Lojo
Deportes Paulo Alonso Lois
Economía Mercedes Mora Castaño
Edición gráfica Vitor Mejuto Seoane
España e Internacional
Francisco Espiñeira Fandiño
Galicia Rubén Santamarta Vicente
Opinión y Organización
Sofía Vázquez García
Sociedad, Cultura y Alta Definición
Mariluz Ferreiro Suárez
Suplementos Sandra Faginas Souto
Ediciones Norte
Carlos Agulló Leal (Subdirector)
Ediciones Sur Diego Pérez Fernández

GERENTE
Santiago Pérez Otero
Director Comercial
Carlos Quintana Izaguirre
Director Económico y Financiero
Roberto Diz Infante
Director de Marketing y Ventas
Rafael Sanguino Martínez
Directora de Recursos Humanos
María Velázquez Arroyo
Director Técnico y de Sistemas
Severino Santirso Fernández

REDACCIONES LOCALES Y DELEGADAS
A Coruña Carlos Agulló Leal
Rda. de Outeiro, 1 - 981 180 043
Carballo Xosé Ameixeiras Lavandeira
Gran Vía, 84 - 981 704 220
Ferrol Andrés Vellón Graña
C/ Manuel de Cal, 4 - 981 369 050
Ribeira Ramón Ares Noal
Pza. Centenario, 2 - 981 835 009
Santiago Ignacio Carballo González
C/ Salgueiriños, 44 - 981 659 100
Lugo Miguel A. Cabana Aguiar
Rda. Mercedes, 31 - 982 280 710
Monforte C/ Cardenal, 1 - 982 416 014
Vhuelo Miguel Sande Corral
C/ Navia Castrillón, 19 - 982 570 630
Ourense Ruth Névola de Manuel
C/ Valle Inclán, 9 - 988 366 400
Lalín Francisco Javier Benito Prieto
C/ Wenceslao Calvo, 5 - 986 787 131
Pontevedra Christian Casares Berg
C/ Rosalía Castro, 30 - 986 866 500
Vilagarcía Serxio González Souto
C/ Ramón y Cajal, 13 - 986 565 330
Vigo Diego Pérez Fernández
Avda. García Barbón, 104 - 986 268 600

Edita **LA VOZ DE GALICIA, S.A.**
Depósito Legal C-1821-1996
C.I.F. A-15000649
Imprime Galicia Editorial, S.L.
Redacción, Administración e Impresión
Av. da Prensa, parcelas B4 y B5, Polígono Industrial de Sabón, 15143 Arteixo (A Coruña)
Teléfono 981 180 180
Correo electrónico redac@lavoz.es
Atención al suscriptor 900 154 218
Fax Redacción 981 180 410
Fax Administración 981 180 473
Fax Publicidad 981 180 380
Máster 981 180 090

Diffusión controlada por OJD

LA VOZ DE GALICIA, S.A. se reserva todos los derechos como autor colectivo de este periódico y, al amparo del art. 32.1 de la Ley de Propiedad Intelectual, expresamente se opone a la consideración como obras de las reproducciones periódicas efectuadas en forma de resúmenes o revistas de prensa. Sin la previa autorización por escrito de la sociedad editora, esta publicación no puede ser, ni en todo ni en parte, reproducida, distribuida, comunicada públicamente, registrada o transmitida por un sistema de recuperación de información, ni tratada o rescatada por ningún medio o sistema. Entidad autorizada para gestionar los derechos de resúmenes de prensa: CEDRO.

Reciclabo *Se vive en Galicia cuida el medio ambiente*

LA TIRA DE PINTO & CHINTO



Jugar con el rey. Y no hablo de ajedrez

EL OJO PÚBLICO

ROBERTO L. BLANCO VALDÉS

Las monarquías que hoy existen en la Europa democrática son instituciones singulares. Y no porque, como afirman sin razón alguna el podemismo y sus afines, haya contraposición entre esas monarquía y los sistemas democráticos (de entre los veinte mejores del mundo ocho atribuyen a un rey la jefatura del Estado) sino porque en la fortaleza de la monarquía anida también su mayor debilidad. Ahí reside precisamente su peculiaridad.

Los monarcas no son elegidos por el pueblo, lo que significa que carecen de legitimidad democrática de origen (más allá de la que pueda darles, como sucedió en España en 1978, un referendo de ratificación de la Constitución donde se incluyó a la Corona) y, en consecuencia, que su legitimidad —solo de ejercicio— nace del acierto con que los reyes parlamentarios cumplan las funciones que tienen asignadas. Pero esa, que

es sin duda su mayor debilidad, es también la razón que confiere a la Corona una clara utilidad en los modernos Estados democráticos de partidos. Su neutralidad y apatidismo permite a los monarcas parlamentarios concitar en torno a ellos un alto grado de consenso político y social, lo que no es en absoluto irrelevante en sistemas políticos en los que la formación de todas las instituciones pasa, en mayor o menor grado, por las manos de los partidos, que, muy frecuentemente, las manosean sin pudor.

Los reyes parlamentarios deben, pues, actuar en la vida pública, y también en la privada (lo que olvidó Juan Carlos de Borbón, con las ruines consecuencias de todos conocidas), con recta prudencia, acrisolada honradez y permanente sentido del Estado.

¿Basta con eso? Es evidente que no. No basta, porque la funcionalidad —y el consiguiente, e indispensable, apoyo popular— de las monarquías parlamentarias no depende solo de la actuación pública y privada de los reyes, sino también del respeto de los demás poderes e instituciones estatales, y muy especialmente, del de aquellos que

más directa relación tienen con los monarcas: los gobiernos.

En ese sentido, el de coalición entre PSOE y Podemos que preside Pedro Sánchez, quien en tantos ámbitos ha protagonizado novedades políticas desconocidas entre 1977 y 2015, ha roto con una dinámica previa de respeto institucional y de prudencia en sus relaciones con la Corona, lo que ha situado al rey no pocas veces al pie de los caballos. Sin duda alguna incumbe al Gobierno encauzar las funciones constitucionales que corresponden al monarca, pero eso es una cosa y otra completamente diferente jugar con la Corona en función de la, permanentemente cambiante, política de alianzas de un Ejecutivo en desoladora minoría. Y esto mismo, y no otra cosa, es lo que acaba de hacerse con motivo del veto, hace unos días, a la presencia del rey en Barcelona, culminado con el viaje que hoy realiza Felipe VI a la ciudad condal. Un tejemaneje tan torpe y oportunista como negativo para la continuidad de una institución cuyo papel es, precisamente, reforzar la estabilidad y no ponerla en entredicho.

Datos malos, previsiones buenas

LA QUILLA

FERNANDO SALGADO

La vicepresidenta Nadia Calvino expuso el martes el cuadro clínico del paciente y su evolución previsible. Distinguió tres periodos. Desde finales de febrero hasta finales de junio, durante la fase de hibernación y parálisis, la economía española permaneció en la uci en estado crítico. En el tercer trimestre, ya en planta aunque con respiración asistida, el enfermo ha mejorado ostensiblemente. Y a finales del 2021, si las cosas no se tuercen y la pandemia no concede una tregua, estará a punto de recibir el alta.

Calvino manejó los indicadores de crecimiento y empleo para explicar su diagnóstico. El PIB se contraerá este año un 11,2 % y la tasa de paro alcanzará el 17,1 %

de la población activa, tres puntos por encima de la registrada en 2019. La economía se desplomó como nunca, pero el empleo resistió mejor que nunca. En el 2009, una caída del 3,8 % del PIB arrojó al paro a más de un millón de trabajadores. Este año, con un foso tres veces más profundo, se destruyeron 625.000 empleos entre marzo y junio y se recuperaron 250.000 en el tercer trimestre. La red de los ERTE amortiguó —al menos hasta ahora— el brutal impacto.

En el verano llegó el rebote. En el tercer trimestre la economía debió crecer, según la ministra, «en el entorno del 13 %» y se recuperaron cuatro de cada diez empleos —afiliaciones a la Seguridad Social— destruidos en los cuatro meses precedentes.

Las previsiones oficiales para el año que viene son francamente alentadoras. La econo-

mía crecerá un 7,2 % y se crearán 400.000 empleos. Se trata solo del crecimiento inercial previsto, que no tiene en cuenta el empujón del plan de recuperación presentado, con grandes alharacas, por el presidente del Gobierno. Con un presupuesto expansivo, como prefigura un techo de gasto histórico, y el efecto multiplicador de los fondos europeos, la cota del 9,8 % de crecimiento parece alcanzable. La economía española se situaría a menos de un punto y medio del restablecimiento de la vieja normalidad. El empleo, más rezagado como siempre, tardará sin embargo bastante más de un año en obtener el alta médica.

Hasta aquí el meollo de la exposición de la ministra. Un cuadro macroeconómico que sugiere dos lecturas de distinto signo. La primera, esperanzadora; la segunda, inquietante. Cara y

la cara: el estrepitoso derrumbamiento de la economía es agua pasada. Una noticia atrasada, puesto que el desplome se concentró en el segundo trimestre. Lo sufrimos en tiempo real y ahora nos estamos irguiendo.

La cruz: el hundimiento está contado con datos y la recuperación con previsiones. Aquel está certificado: de hecho, será dos puntos más intenso de lo que se preveía en mayo. Las previsiones, por el contrario, suelen fallar y casi siempre lo hacen por defecto. Los datos, como los números de la bonoloto, tienen la manía de rebajar las expectativas creadas. La arraigada creencia de que los economistas dedican la mitad de su tiempo a elaborar pronósticos y la otra mitad a explicar por qué no se cumplieron tiene, tal vez, algún fundamento. Sobre todo, en esta época de incertidumbre máxima.